

El paseante de la peste: las naturalezas según Nicolás Maquiavelo¹

The plague walker: nature according to Nicholas Machiavelli

Eugenia Mattei²

UBA-CONICET

Franco Castorina³

UBA-CONICET

Argentina

Fecha de recepción: 24-05-2020

Fecha de aceptación: 31-09-2020

Resumen

A partir de la referencia a las pestes y los desastres naturales que hace Maquiavelo en el capítulo quinto del segundo libro de *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y en un texto denominado *Epístola de la peste* que recientemente fue otorgado a su autoría, se analizarán las distintas acepciones que toma la naturaleza. En primer lugar, desarrollamos la primera acepción de la naturaleza, entendida en tanto cosmos. Ésta remite a un principio de movimiento cíclico regido por el movimiento de los cielos. En segundo lugar, identificamos una segunda noción de naturaleza, asociada al orden telúrico. En tercer lugar, hacemos mención a un tercer significado de la naturaleza, vinculado al ser humano. Ésta tiene que ver con una serie de características, temperamentos, disposiciones y pasiones que animan el accionar de los seres humanos, y que Maquiavelo piensa tanto en términos individuales como colectivos. Por último, observamos que, en la obra de Maquiavelo, estas distintas acepciones de la naturaleza conviven y se articulan con la fortuna, la cual introduce un principio de indeterminación y contingencia en el mundo, que gobierna la condición de los tiempos en los asuntos humanos. De estos cuatro aspectos nos abocaremos en este artículo.

Palabras clave: pestes; naturaleza; fortuna; virtud

Abstract

Parting from the references to the plagues and natural disasters written by Machiavelli in the fifth chapter of the second book of *Discourses on the first decade of Tito Livio* and in a text called *Epistle of the plague* that was recently acknowledged to have been written by him, the different meanings that 'nature' takes will be analyzed. First, an idea of nature as a cosmos is presented. Here 'nature' indicates a principle of cyclical movement governed by the movement of the skies. Second, nature appears as being associated with a telluric order. Third, there are mentions to the term 'nature' with regard to the nature of human beings, which is linked to a series of characteristics, temperaments, dispositions, and passions that trigger the actions of humans, which Machiavelli associates both with populations and individuals. Finally, it is possible to identify in Machiavelli's work these different meanings of the word 'nature' that exist alongside the idea related to the nature of fortune. The latter introduces an uncertainty and a contingency principle in the world, which governs the condition of times in human affairs. This article will address these four aspects.

Keywords: pests, nature, fortune, virtue

¹ Agradecemos los aportes que los/as evaluadores/as anónimos hicieron a una versión preliminar de este texto. Asimismo, agradecemos la lectura de Diego Fernández Peychaux porque ayudó a esclarecer algunos puntos oscuros de nuestra argumentación.

² Eugenia Mattei es investigadora del CONICET y jefa de trabajos prácticos de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Correo electrónico: e.mattei@conicet.gov.ar.

³ Franco Castorina es becario doctoral del CONICET y auxiliar docente de Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Correo electrónico: fpcastorina@gmail.com

I. Introducción

Un reciente e interesante estudio realizado por el filólogo italiano Pasquale Stoppelli⁴ trae una aproximación de Nicolás Maquiavelo sobre la peste. Con argumentos probatorios, Stoppelli otorga a Maquiavelo la autoría de *Epistola della peste*; un texto que había sido originariamente atribuido a Lorenzo Strozzi, un amigo de Maquiavelo perteneciente a una de las más ricas e influyentes familias florentinas. De las siete composiciones iniciales del Banco Rari 29 de la Biblioteca Nacional Central de Florencia, la primera figura como escrita por Strozzi y las seis restantes por Maquiavelo. El manuscrito de Strozzi es un dossier de seis cartas titulado, por una mano desconocida, *Epistola della peste*, en el cual hay una nota en latín que asigna el texto a Strozzi. El manuscrito de Maquiavelo está compuesto por diez cartas que contienen correcciones de Strozzi. Esta situación extraña lleva a Stoppelli a preguntarse por el motivo por el cual el autógrafo de Maquiavelo se encuentra entre los papeles de Strozzi.

De esta manera, tenemos acceso a un nuevo texto de Maquiavelo, en el cual se narra, en un tono tragicómico, sobre una Florencia asediada por la peste en la primera mitad del siglo XVI. La sincronía entre este texto descubierto y el contexto actual que nos toca habitar es sumamente sugerente y catalizador para analizar la noción de naturaleza según Maquiavelo. En esta epístola, Maquiavelo describe la situación de su ciudad apestada, que se asemeja bastante a la introducción de Decamerón. Pero también recuerda a la voz y al estilo nostálgicos de la famosa carta del 10 de diciembre de 1513, en la cual otorga detalles sobre su vida cotidiana en el desierto político de Albergaccio, en Sant'Andrea de Percussina y a la voz cómica de *La Mandrágora*.

La epístola comienza con la descripción del camino que va recorriendo el escritor. La voz que narra es ambigua; pendula entre el miedo y la esperanza, dos grandes pasiones maquiavelianas. El narrador camina por el Mercado Viejo, luego se dirige al Nuevo, hasta llegar a la célebre Santa Reparata, antiguo nombre de Santa María del Fiore. Observa a devotos y viejos que a su vez lo miran, se encuentra siempre en movimiento y se dirige a la plaza frente al Palacio de la Señoría, esperando encontrar algún tipo de

⁴ Hacemos referencia al texto editado en el año 2019: Machiavelli, Niccolò (2019). *Epistola della peste. Edizione critica secondo il MS. BANCO RARI 29.* (Al cuidado de Pasquale Stoppelli). Roma: Edizioni di Storia e Letteratura. Agradecemos a Fabio Frosini, profesor e investigador de la Università degli Studi di Urbino Carlo Bo, por habernos acercado una versión digital del texto.

tranquilidad. Sin embargo, solo encuentra cruces, ataúdes, muertos en camillas y sepultureros. De camino a la iglesia de Santa Croce, se cruza nuevamente con sepultureros. Allí, entra a la iglesia, donde conoce a una mujer postrada por la muerte del amante.

A medida que se avanza con la lectura de la epístola, el paseante se parece cada vez más a un antropólogo que describe los ánimos y las pasiones de los habitantes de una ciudad apestada: desde la analogía entre los efectos perniciosos que producen tanto el amor como la peste hasta la fisonomía de los tipos de temores que tienen tanto los enfermos como los sanos. Llamativamente, el narrador hace un uso de su libre arbitrio porque no realiza ningún confinamiento y pasea sobre una ciudad apestada. En esta descripción Maquiavelo nos recuerda el sentido trágico de la existencia, el hecho de que no todos los sucesos pueden ser controlados y previstos por la racionalidad humana y que, si el hombre tiene que morir, es porque hay algo que excede a su capacidad de decisión.

Este hallazgo puede ponerse en relación con el capítulo quinto del segundo libro de *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Allí enumera las tres causas que provienen del cielo y que pueden extinguir a la humanidad: peste, hambruna e inundación. La naturaleza, como los cuerpos celestes, “cuando ha acumulado mucha materia superflua, se mueve por sí misma muchas veces y se purga de ella, lo que le devuelve la salud” (Maquiavelo, 2015: 235). El florentino parece estar hablando de algún tipo de dinámica homeostática que habita en el mundo, de cierta forma de regulación que rige el sistema cosmológico del cual somos parte. ¿A qué se refiere Maquiavelo cuando habla de naturaleza?

Una manera posible de responder a estas preguntas es examinarlas a la luz del debate astrológico en la época de Maquiavelo. La astrología renacentista tiene una concepción del mundo que hunde sus raíces en los escritos de Ptolomeo y Abu Ma’shar, para quienes la astrología es entendida como una ciencia natural que explica el movimiento del universo y del mundo terrestre. A grandes rasgos, según la comprensión astrológica dominante, el cosmos es concebido como una unidad jerárquica, compuesta por el macrocosmos —es decir, el universo en general y, fundamentalmente, los cielos— y el microcosmos —el “pequeño mundo” de los hombres—. Por su carácter jerárquico, el

movimiento del macrocosmos, o mundo supralunar, entendido como perfecto, eterno e incorruptible, ejerce su influencia sobre el movimiento del microcosmos o mundo sublunar del hombre y de la naturaleza. Esta determinación de los cielos sobre el mundo humano explica también la extendida creencia de que varios aspectos de la naturaleza de cada individuo, tales como el temperamento, el humor o la constitución física, dependen de la posición y las variaciones que presentan los cielos en la hora de su nacimiento. En resumen, el movimiento de los cielos afecta el devenir del mundo sublunar en su totalidad, incluyendo también al ser humano mismo.

Existe una gran cantidad de literatura acerca de la influencia y la relevancia de la astrología durante el Renacimiento italiano. Este hecho se confirma cuando observamos los nombres célebres que en esa época dedicaron más de un tratado a esta cuestión: Marsilio Ficino, Pietro Pomponazzi y Giovanni Pontano, por ejemplo, escribieron a favor de la astrología, mientras que Pico della Mirandola y Girolamo Savonarola han sido dos de sus más acérrimos detractores. Una forma posible de comprender este contexto implica, como señala Sammy Basu (1990), tomar distancia de una determinada concepción del Renacimiento, que lo comprende como un período en el cual la razón y la ciencia comienzan a independizarse de su herencia medieval, vinculada a la superstición, el misticismo y el ocultismo de espíritus y fuerzas oscuras. Otra posibilidad es observar que durante aquella época se revive y se consolida una concepción astrológica del mundo, en la cual confluyen la magia, la alquimia y la brujería. Según esta otra lectura, lejos de ser considerada una superstición, esta concepción del cosmos es vista durante la época como una explicación racional, sistemática y científica del universo, a tal punto que, de acuerdo con Ernst Cassirer (1963), constituye la condición fundamental para concebir la naturaleza. Ahora bien, este modo de concebir la cosmología del Renacimiento mantiene un esquema dualista entre lo racional y lo irracional y tan sólo invierte su sentido.

Frente a estos dualismos, en cambio, Eugenio Garin (2007) hace referencia al modo por el cual la astrología aparece en esa época como el punto de encuentro entre lo sistemático y racional del mundo griego y los mitos y las supersticiones provenientes del mundo oriental. En la misma sintonía, Fabián Ludueña, tomando como punto de partida la filosofía de Aby Warburg, resalta esta mixtura anacrónica. Por ejemplo, la astrología india se actualiza “en los decanos de los frescos del Palazzo Schifanoia en la Italia del siglo

XV, después de que había sido absorbida y reemplazada primero por la astrología griega y luego por su contraparte árabe” (Ludueña, 2005: 3). De esta forma, las indicaciones de Garín y de Ludueña ofrecen una caracterización más compleja de la astrología renacentista, presentando una comprensión de ella como articulación entre lo “racional” y lo “supersticioso”, sin plantear un esquema dualista o maniqueo.

Si son varios los autores que sostienen la importancia y la influencia de la astrología durante la época en la que Maquiavelo vivió, no son tantos los que perciben lo mismo en la obra del secretario florentino. Aunque las referencias maquiavelianas a la influencia de los cielos en los asuntos humanos son más bien escasas y fragmentarias, aun así, es posible rastrear algunos pasajes de su obra que la atestiguan. En este artículo no se buscará hacer una relectura sistemática ni ambiciosa de toda la obra de Maquiavelo en torno a la dimensión cosmológica⁵. Por el contrario, nuestro artículo es más modesto, se ciñe sobre un interrogante que conviene aclarar: cómo es la relación entre determinismo e indeterminación —o para decirlo en otras palabras, el vínculo entre necesidad y contingencia— en torno a las referencias a las catástrofes naturales. Es decir, ¿qué relación existe entre la naturaleza y el accionar del hombre? ¿Qué lugar ocupa la *fortuna* maquiaveliana dentro de esta constelación conceptual?

Para poner en movimiento el interrogante propuesto, trabajaremos con un repertorio variado de fuentes textuales seleccionado (*Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Historias de Florencia, El Asno* y las minutas de sus misiones diplomáticas a Francia y Alemania), partiendo de la premisa ya consolidada dentro de la literatura especializada maquiaveliana según la cual no hay una división tan taxativa entre “textos políticos” y “textos literarios”. Con esta evidencia textual, se buscará dilucidar las distintas acepciones que adquiere la naturaleza y cuál es el vínculo con la contingencia. De esta manera, el siguiente apartado estará dedicado a la naturaleza como cosmos en un sentido supralunar, posteriormente se abordará la naturaleza en su sentido telúrico y luego, se estudiará la idea de naturaleza humana y su vínculo con la fortuna. Por último,

⁵ En este sentido, la cosmología maquiaveliana es una herramienta heurística que se vale, en gran parte, del trabajo realizado por Anthony Parel (1992). De su interpretación, retomamos la relevancia que le asigna tanto al cielo como a la fortuna. No obstante, tomamos distancia de su interpretación allí donde Parel enfatiza la dependencia que la fortuna y la virtud poseen respecto al cielo. Nuestra lectura, más bien, observa en la fortuna cierta independencia que le permite introducir un principio de indeterminación y contingencia a los asuntos humanos.

se abordará las conclusiones en las cuales se expondrá la relación entre las distintas acepciones de naturaleza y contingencia.

II. La naturaleza como cosmos

En la carta del 26 de junio del fatídico año de 1513, dirigida a su sobrino Giovanni Vernacci, Maquiavelo describe su situación en el desierto político: “todos los males de presión y otros los he soportado; con todo estoy, con la gracia de Dios⁶, bien y voy viviendo como puedo y así me ingeniaré de hacerlo hasta que los cielos se muestren más benignos” (2013: 101). Más adelante, el 4 de agosto, escribe: “Yo estoy bien del cuerpo, pero de todas las demás cosas mal. Y no queda otra esperanza, sino que Dios me ayude, y hasta aquí no me ha abandonado en nada” (2013: 109). Por más que Maquiavelo puede estar haciendo uso de un juego retórico con las menciones a Dios, en la mezcla entre paganismo y cristianismo, la referencia a la lectura de signos celestes resulta interesante por el hecho que en ellos permiten reconocer “un retorno” más favorable.

El mismo registro puede hallarse incluso en uno de sus poemas más célebres, *El Asno*. Allí se halla una articulación entre el movimiento de los cielos y el movimiento del mundo:

Mira las estrellas y el cielo, mira la luna / mira los otros planetas que van errando / ora en lo alto, ora en lo bajo, sin paz alguna; / cuando el cielo ves tenebroso y cuando / lúcido y claro; y así nada en la tierra / va en su estado perseverando. / De aquí nace la paz y la guerra; / de aquí dependen los odios entre aquellos / que un muro y un foso encierran juntos. / De esto vino tu primer martirio; / de esto nació la total razón / de tus fatigas sin reposo. / Aún no ha cambiado de opinión el cielo, / ni cambiará, mientras que el destino / muestre hacia ti su intención tan severa / Y esos designios que te han sido / tan adversos y tan enemigos, / no han sido aún, no han sido aún purgados; / pero como secas estarán sus raíces / y benignos se mostrarán los cielos / volverán tiempos de lo más felices; / y tan alegres y jocundos serán, / que gozo te dará / la memoria del pasado y del futuro daño (Maquiavelo, 2010: 211-212)

Así, en este poema se visualiza mejor que en otros textos el modo por el cual el mecanismo causal del orden celeste influye tanto en el desarrollo colectivo de la

⁶ De las referencias al cielo que estudiaremos en este apartado, descartamos aquellas que tiene un uso metafórico como la mención de Lorenzo en la que se dice que fue alabado hasta por los cielos (*Historia de Florencia*, VIII. 22) al librar exitosamente la guerra contra Sixto IV y el rey de Nápoles, Fernando I. *Revista Argentina de Ciencia Política* | Vol. 1 | Núm. 25 | pp. 193-215 | Mattei, E.y Castorina, F. 198

historia (“De aquí nace la paz y la guerra”) como en el plano individual del microcosmos (“De esto vino tu primer martirio...”).

Por su parte, en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, las referencias al cielo, los cielos o los signos celestes están presentes en varios capítulos⁷. Sin embargo, como mencionamos al comienzo, es en el quinto capítulo del libro II de los *Discursos* donde Maquiavelo expone con mayor claridad la influencia del cielo en los asuntos humanos. En este capítulo, titulado “Que el cambio de creencias y de lenguas, así como las circunstancias de diluvios o pestes, extinguen la memoria de las cosas”, el florentino observa que el cielo es un agente capaz de producir la renovación de la humanidad y del mundo, allí donde ambos han llegado a su límite:

A los filósofos que piensan que el mundo es eterno, creo que se les podría contestar que si tanta antigüedad fuese cierta, sería razonable que existieran recuerdos de más de cincuenta mil años, y que no viéramos cómo por diversas causas se extingue la memoria de las cosas, y estas causas en parte provienen de los hombres, y en parte del cielo. Las que tienen su origen en los hombres son los cambios de creencias y de lengua. Porque cuando surge una nueva creencia, o sea, una nueva religión, su primera preocupación es extinguir la antigua, para así ganar reputación; y cuando además los organizadores de la religión hablan diferente idioma, la aniquilan fácilmente. En cuanto a las causas que provienen del cielo, son las que extinguen la generación humana y reducen a unos pocos los habitantes de alguna parte del mundo. Esto sucede por una peste, una hambruna o una inundación muy grandes, y esta última causa es la más importante porque es la más universal [...] Y no creo que nadie pueda dudar de estas inundaciones, pestes y hambrunas que se producen, tanto porque las historias están llenas de ellas como porque vemos este efecto suyo del olvido de las cosas, y además porque parece razonable que así sea, porque la naturaleza, como los cuerpos simples, cuando ha acumulado mucha materia superflua, se mueve por sí misma muchas veces y se purga de ella, lo que le devuelve la salud; lo mismo sucede en este cuerpo mixto de la generación humana, que cuando todas las provincias están repletas de habitantes, de modo que ni pueden vivir ni pueden buscar otro acomodo porque todos los lugares están ocupados y llenos, y cuando la astucia y la malignidad humanas han llegado a su límite, es conveniente y necesario que el mundo se purgue por uno de los tres medios citados, para que los hombres, siendo pocos y golpeados por la calamidad, vivan más cómodamente y se vuelven mejores (Maquiavelo, 2015: 233-235).

Para la literatura especializada, en efecto, este capítulo resulta muy enigmático (cf. Sasso, 1987). Maquiavelo parece dar cuenta de la polémica entre la teoría de la creación de raíz

⁷ I, proemio (2015: 33); I, 10 (2015: 75); I, 11 (2015: 76); I, XIX (2015: 104); I, 56 (2015: 193); II, proemio (2015: 213); II, 2 (2015: 222); II, 5 (2015: 233-234); II, 29 (2015: 324, 326); III, 1 (2015: 341).

judeocristiana del mundo y la teoría averroísta de la eternidad del mundo. Leo Strauss (1978) le ha dedicado particular atención a este párrafo para indicar que Maquiavelo se mantiene siempre dentro de la querrela teológica al adoptar la tesis averroísta de que Dios es la causa final. Con esto, Strauss pretende ubicarlo dentro de la concepción de tiempo lineal de la teología cristiana. Sin embargo, para Torres (2013), en este pasaje Maquiavelo hace uso de una estrategia retórica que produce una efectividad política. Esto es, a partir de la eternidad del mundo desea colocar en el centro el vínculo entre memoria-olvido. Este movimiento lo conduce a mostrar como el creacionismo es una estrategia de una secta que busca imponerse sobre otras y que el conocimiento de la eternidad de los asuntos humanos está atado a los conflictos políticos en torno a la relación memoria-olvido. Como menciona Torres, que el mundo sea eterno no significa que para Maquiavelo puede haber un conocimiento de esa eternidad porque los asuntos humanos están en constante movimiento y, en consecuencia, no tienen principio y fin.

Asimismo, la destrucción de la memoria presente en este capítulo, como señala muy bien Landi (2017), parece vislumbrar, por un lado, que para la afirmación de un nuevo dogma es necesario borrar la narración del pasado y que, por otro lado, también hay que observar los acontecimientos humanos a la luz de otro movimiento externo que puede imponerse mediante desastres naturales ("inundaciones, plagas y hambrunas"). En relación con este último punto, esos desastres naturales que pueden afectar los acontecimientos humanos tienen como reverso devolver los eventos humanos a su escala adecuada.

Este pasaje se conecta con otro que da inicio al libro III, denominado "Si se quiere que una secta o una república viva largo tiempo, es necesario retraerla a menudo a sus principios". Allí se lee que:

Nada hay más cierto que el hecho de que todas las cosas del mundo tienen un final, pero, en general, las que cumplen enteramente el ciclo que les ha sido asignado por los cielos son las que no han desordenado su cuerpo, sino que lo tienen regulado de modo que no se cambia, y, si se altera, es para recibir salud y no daño (Maquiavelo, 2015: 341).

Todas las cosas del mundo responden de acuerdo con un movimiento cíclico gobernado por los cielos, que produce la necesaria caída y renovación que les retrotrae a la salud. Aquí Maquiavelo parece estar usando una metáfora astrológica. La idea de que los

planetas alcanzan la perfección y luego decaen es un lugar común en la astrología filosófica natural de los tiempos de Maquiavelo (Parel, 1992). Como lo recuerda Eugenio Garin, los humanistas italianos han prestado mucha atención a la fragilidad humana y han tenido cierto gusto romántico por las ruinas en las civilizaciones: la vida y la muerte; la muerte y la resurrección; todo lo que sube, en algún momento baja.

En suma, en estos pasajes es posible identificar un primer sentido de la naturaleza como cosmos (el ciclo asignado por cielos” “las causas que provienen del cielo”) que parece poner la acción del hombre en una perspectiva más amplia. No obstante, aunque parece haber una causa (“el ciclo asignados por los cielos”) no hay mecanicismo, es decir, no hay un resultado ineluctable (“las que no han desordenado su cuerpo”). Para decirlo en otras palabras, por más que lo sublunar, “cosas del mundo”, parece tener una conexión con lo supranatural “el ciclo asignado por los cielos”, esto no implica un efecto ineludible. En el próximo apartado, observaremos con mayor detalle cómo Maquiavelo explica este principio de movimiento de todas las cosas, en el cual se puede identificar una segunda noción de naturaleza de orden telúrico, esto es, asociado a fenómenos naturales que ocurren en el mundo terrenal de los hombres.

III. La naturaleza telúrica

En muchos pasajes de su obra, como hemos dicho, Maquiavelo insiste en el carácter dinámico del tiempo, de la vida humana y de las cosas del mundo. Esto puede apreciarse, por ejemplo, en el capítulo 6 del libro I de los Discursos en el cual Maquiavelo examina la estabilidad y la permanencia de las repúblicas de Esparta y Venecia. Maquiavelo afirma allí que, “sin lugar a dudas”, si el equilibrio de esas repúblicas pudiese ser sostenido, “se encontraría la verdadera vida política y la auténtica quietud de una ciudad. Pero como las cosas de los hombres están siempre en movimiento y no pueden permanecer estables, es preciso subir y bajar” (Maquiavelo, 2015: 57). Este principio del movimiento del mundo y de las cosas humanas se reitera en el proemio del libro II: “Replico pues que es cierta esa costumbre de alabar y criticar, pero que no siempre se yerra en hacerlo, pues es necesario juzgar la verdad de las cosas en cada caso particular, ya que, como las cosas humanas están siempre en movimiento, o se remontan o descienden” (Maquiavelo, 2015: 210).

La articulación entre estos pasajes en los que Maquiavelo enuncia un principio de movimiento de todas las cosas y las citas que consignan la influencia de los cielos en dicho movimiento, permite observar nuevamente el alcance de la concepción astrológica de la época en los escritos de Maquiavelo. Y también permite atestiguar la vinculación que se produce entre los cielos y la naturaleza telúrica. En efecto, el movimiento de los cielos es concomitante con el movimiento de las cosas del mundo, en la medida en que ambos se encuentran conectados. Por ello, aunque pueda identificarse, analíticamente, una naturaleza cósmica, que alude al movimiento celeste, y una naturaleza telúrica propia de las cosas del mundo, ello no implica que ambas naturalezas no pertenezcan a un mismo orden natural. Por esta razón, podría decirse que la naturaleza en su conjunto, esto es, tanto en su dimensión cósmica como telúrica, responde a un movimiento cíclico, que parece hacer alusión a una suerte de dinámica homeostática por la cual se autorregula. De cierto modo, la inestabilidad de las cosas del mundo habilita cierto equilibrio y autorregulación.

Estas consideraciones nos permiten identificar un segundo sentido que tiene la naturaleza según Maquiavelo: lo telúrico. Asimismo, parece haber una dependencia de la naturaleza con respecto al cielo, que permite comprender mejor el extraño pasaje del capítulo 56 del libro I de los *Discursos* titulado “Antes de que se produzcan grandes acontecimientos en una ciudad o una provincia, se suelen ver signos que los pronostiquen u hombres que los profeticen”. Con respecto a lo señalado en el título del capítulo, el secretario añade: “Por qué se produce esto, no lo sé, pero se puede comprobar con ejemplos antiguos y modernos que no se produce ningún grave acontecimiento en una ciudad o en una provincia sin que haya sido anunciado por adivinos, revelaciones, prodigios u otros signos celestes” (Maquiavelo, 2015:193). A continuación, Maquiavelo menciona ejemplos florentinos que sustentan su afirmación: Savonarola predijo la venida a Italia de Carlos VIII de Francia⁸; en Toscana se veían y escuchaban ejércitos que disputaban batallas en el aire de Arezzo; antes de la muerte de Lorenzo de Médici el viejo, un rayo causó gran ruina a la parte más elevada del Duomo; y antes de que Piero Soderini fuese expulsado de su cargo de gonfaloniero vitalicio del pueblo de Florencia, un relámpago hizo temblar los cimientos del Palacio de la Señoría. Roberto Ridolfi resalta, en

⁸ Sobre la existencia de una teoría de la profecía –habilitada por la cosmología– durante el Renacimiento y, particularmente, en Maquiavelo, cf. Granada (1998: 74-156).

su ya clásica biografía sobre el florentino, un hecho bastante singular. En aquel rayo que golpeó a la Señoría en 1511 el florentino adivinó un mal augurio: en presencia de sus colegas, hizo su primer testamento (Ridolfi, 1954). Es interesante advertir que, de los cuatro ejemplos señalados, dos de ellos corresponden a fenómenos naturales, cuya procedencia viene del cielo, en tanto entidad natural. Aquí puede advertirse ya una segunda noción de naturaleza, ya no necesariamente vinculada al mundo supralunar sino a procesos que provienen de una naturaleza terrenal.

Pero volvamos a *Discursos I*, 56. Tanto al principio como al final del capítulo, Maquiavelo dice no estar capacitado para explicar la razón de estos signos celestes y que su causa “debería ser dilucidada e interpretada por un hombre que tenga noticias de los asuntos naturales y sobrenaturales, lo que no es mi caso” (2015: 194). No obstante, sobre el final, avanza una respuesta: “Sin embargo, podría suceder que, estando el aire, como quieren algunos filósofos, lleno de inteligencias, éstas, previendo las cosas futuras por virtud natural, y teniendo compasión de los hombres, quizá quieran así prepararlos para la defensa y advertirlos con semejantes signos” (2015: 194). Según Parel, en su respuesta a la causa de estos presagios del cielo, Maquiavelo parece estar siguiendo la estela de las especulaciones astrológicas neoplatónicas contemporáneas, según las cuales, además de los cuerpos celestes, también los aires se encuentran habitados por inteligencias que, de acuerdo con una jerarquía celeste, operan en el mundo sublunar (1992: 39). Esta lectura acerca del determinismo astral se diferencia si recordamos la influencia que tuvo Lucrecio y el epicureísmo en la obra de Maquiavelo en torno al problema del libre albedrío (Lucrecio, 2016; Brown, 2010, 2015). En cualquier caso, el hecho de que estas inteligencias prevengan los eventos del futuro “por virtud natural” habla nuevamente en favor de una noción de naturaleza que le subyace.

En sintonía con el capítulo 5 del segundo libro de los *Discursos*, en *Historias de Florencia* (VI, 34) Maquiavelo subraya los efectos que tuvo un huracán en los campos de Florencia:

El día 24 de agosto, una hora antes del amanecer, se puso en movimiento desde el mar superior o Adriático, hacia Ancona un torbellino formado por un nubarrón enorme y denso Ciertamente, Dios quiso con ello amenazar solo y no castigar de verdad a la Toscana, ya que, si aquel tremendo huracán, lo mismo que atravesó por entre las casas habitadas por una población número y apiñada, habría causado sin duda la mayor ruina y estrago que pueda

imaginarse. Pero por el momento Dios quiso solo que aquel aviso bastará para refrescar entre los hombres el recuerdo de su poder (Maquiavelo, 2009: 341)

Así, esta cita demuestra el poder amenazante que tiene la naturaleza sobre los hombres y, también, ayuda ubicar la proporción adecuada que tienen los asuntos humanos. El hombre es parte de una realidad que lo excede y, en este sentido, cualquier interpretación del mundo involucra considerar un plano más amplio que el simple vínculo entre los hombres. El hombre habita un mundo en el cual, en ciertas ocasiones, ocurren fenómenos naturales que no pueden ser previstos (por ejemplo, las pestes). Estos fenómenos pueden advertir a los hombres de un suceso futuro, también pueden amenazarlo y, como en el caso de las pestes y las hambrunas, pueden destruir el mundo humano para renovarlo.

IV. La naturaleza humana y la naturaleza de la fortuna

Hasta aquí, entonces, hemos podido reconocer cómo los cielos influyen e intervienen sobre los asuntos humanos a través de fenómenos naturales de gran magnitud. De ella, hemos derivado dos nociones de naturaleza que se encuentran articuladas: (1) una naturaleza supralunar que impone un principio del movimiento del mundo a partir del movimiento celeste; (2) una naturaleza telúrica, que obedece a ese movimiento y se manifiesta a través de fenómenos naturales extraordinarios, cuya función es la de advertir, amenazar o renovar el mundo en el cual habita el hombre.

Sin embargo, esta concepción, que guarda semejanza con la concepción astrológica del mundo que comparten varios de sus contemporáneos, ofrece una imagen del mundo excesivamente determinista. Si las cosas del mundo respetan de modo estricto el movimiento delineado por los cielos, ¿entonces no hay posibilidad alguna para la acción política y para el despliegue de su creatividad? Si todas las acciones humanas están “previstas” por el movimiento de los astros, habría una teleología astrológica, que contiene en sí misma todas las acciones humanas. En este sentido, la libertad sería una ilusión que el ser humano concibe a los fines de justificar una acción que, de todas formas, responde a un fin ya determinado. Por lo tanto, no es casual que Eugenio Garín en *Lo zodiaco della vita*, vislumbre una filosofía de la historia detrás de esta concepción

astrológica. Sólo que, a diferencia de una filosofía de la historia idealista como la de Hegel o una materialista como la de Marx, aquí estamos ante un “naturalismo coherente y un determinismo rígido” (2007: 18-19). Con esta afirmación, Garín nos proporciona la indicación adicional de que, además de una filosofía de la historia, la cosmología de la época supone una concepción del universo naturalista, esto es, ligada a una idea de naturaleza como un todo. Además, el corolario práctico de este determinismo naturalista es, como dijimos, que el ser humano no tiene posibilidad alguna de alterar el curso de los acontecimientos del mundo. De esta forma, aunque, como Garín señala, en la persona del sabio reside la capacidad de leer la historia humana en el curso estelar, su trayectoria parece estar indefectiblemente escrita.

Ahora bien, ya hemos visto en el apartado anterior que por más que exista una causa (determinación) no hay mecanicismo, es decir, resultado ineluctable. Esa brecha entre ambas cosas es el margen de la invención humana y, en algún punto, la introducción de la fortuna vuelve a matizar el mecanicismo. La fortuna incorpora un principio de la contingencia que rompe con la regularidad predeterminada de los ciclos del cielo⁹. El mundo de los asuntos humanos está gobernado por la fuerza indescifrable y veleidosa de la fortuna, que el ser humano intenta controlar sin éxito. Tal como observaremos en lo que sigue, las menciones a la fortuna suelen ir acompañadas por reflexiones sobre la naturaleza de los pueblos y de los seres humanos. Estas naturalezas, conformadas por la costumbre¹⁰, impiden a los seres humanos adaptarse adecuadamente a los tiempos de la fortuna. De esta forma, la fortuna constriñe y limita la acción humana, al imponer sus condiciones a los tiempos. Sin embargo, su carácter contingente e indeterminado es también condición de posibilidad de la acción humana, ya que permite que la acción política, en su dimensión creativa, se abra a la búsqueda de la gloria, incluso reconociendo la posibilidad de su fracaso.

Ya en el segundo capítulo del primer libro de los *Discursos*, Maquiavelo incorpora de un modo singular a la fortuna al analizar las formas de gobierno. Una lectura rápida de ese capítulo puede llevar a emparentar el análisis de Maquiavelo con la sucesión cíclica de

⁹ En esta línea, tal como indica Sebastián Torres, resulta central distinguir la concepción maquiaveliana de la fortuna de cualquier identificación con el azar cósmico. Según Torres, emparentar la fortuna maquiaveliana con el azar cósmico “no deja entrever que la contingencia está inscrita en los mismos elementos que componen la acción” (2013: 79).

¹⁰ Al respecto, es necesario resaltar el clásico texto de Chabod (1984) en el cual se identifica a la costumbre como una “segunda naturaleza”.

las formas de gobierno conocida por Polibio. No obstante, a pesar de que allí reconoce los distintos tipos de gobierno identificados por Polibio (principado, tiranía, aristocracia, oligarquía, el gobierno popular y democracia), a diferencia del historiador griego, Maquiavelo asegura que todas ellas surgieron por *azar*. Luego de haber realizado esta aclaración, leemos la referencia al “circulo de mutación”, es decir, a la mutación y transición de los regímenes de gobierno como una analogía a los ciclos de los cuerpos celestes, que mueren y renacen. Sin embargo, antes de comenzar a analizar la figura de Licurgo, Maquiavelo vuelve a advertir que raras veces las repúblicas transitan linealmente tantas mutaciones para permanecer de pie. Con ello, el secretario florentino parece indicar que el hecho de que ninguna república logre completar el ciclo establecido por Polibio obedece a que el desarrollo del ciclo es alterado por la intervención de la fortuna. Así, de un modo indirecto y alusivo, Maquiavelo reconoce a la fortuna como un agente que también interviene en el mundo.

De hecho, en el proemio del libro II de los *Discursos* y, sobre todo, en el capítulo 29 del mismo libro, al introducir a la Fortuna, Maquiavelo explicita esta innovación. En este proemio, cotejando la diferencia entre los tiempos antiguos y los actuales, Maquiavelo anota:

Pero siendo la cosa tan manifiesta que cualquiera puede verla, me animará a decir manifiestamente lo que me parece de aquellos tiempos y de éstos, de modo que los espíritus jóvenes que lean estos escritos míos huyan de éstos y se dispongan a imitar aquéllos, tan pronto como la fortuna les dé ocasión para hacerlo. Porque el deber del hombre bueno es enseñar a otros el bien que no ha podido poner en práctica por la malignidad de los tiempos o de la fortuna, para que, siendo muchos los capaces, alguno de ellos, más amado del cielo, pueda ponerlo en práctica (2015: 213).

Como puede observarse, ya no son únicamente los cielos los que intervienen en los asuntos humanos, en tanto agente causal de lo que acontece en el mundo terrestre, sino que la fortuna surge como una entidad que, articulada junto al cielo, puede proveer de la ocasión a esos espíritus jóvenes capaces de aprovecharla. La incorporación de la fortuna produce una ampliación del ámbito de la cosmología maquiaveliana, compuesta ahora tanto por los cielos como por la fortuna.

Ahora bien, en el capítulo 29 del libro II, titulado “La fortuna ciega las mentes de los hombres cuando no quiere que se opongan a sus designios”, Maquiavelo parece

hablar de ambos términos como si fuesen sinónimos. El capítulo, cuyo título indica que va a tratar de la fortuna, comienza hablando del cielo: “Si se piensa bien cómo suceden las cosas humanas, se verá que muchas veces surgen accidentes contra los que el cielo no quiere que estemos prevenidos” (Maquiavelo, 2015: 324). Maquiavelo advierte que ciertos accidentes ocurren más allá de toda humana posibilidad, porque el cielo nos oculta sus propósitos. Y Tito Livio también confirma esto, en la medida en que, según el florentino, demuestra el poder que el cielo tiene sobre los asuntos humanos, al describir cómo éste produjo sobre Roma una serie de accidentes que la desestabilizaron, pero sin conducirla a su ruina (Maquiavelo, 2015: 324-326). Pero luego, más adelante, Maquiavelo confunde y utiliza indistintamente a los cielos y a la fortuna:

Y después de que Tito Livio ha narrado todos los errores mencionados, concluye diciendo: «*Adeo obcaecat animos fortuna, cum vim suam ingurnetem refringi non vult¹¹*». Esta conclusión no puede ser más verdadera: porque los hombres que viven ordinariamente en la mayor adversidad o prosperidad merecen menos alabanzas y menos reproches. Pues la mayoría de las veces vemos que han sido conducidos a su grandeza o a su ruina empujados por la facilidad de los cielos, que les ha dado o quitado ocasiones de obrar virtuosamente. Cuando la fortuna quiere que se produzcan grandes acontecimientos, sabe cómo hacerlo, eligiendo a un hombre de tanto espíritu y de tanta virtud que se dé cuenta de las oportunidades que ella le ofrece. Y lo mismo sucede cuando quiere provocar la ruina, escogiendo entonces a hombres que contribuyan a arruinarlo todo (2015: 326).

Los cielos y la fortuna se confunden y parecen funcionar como sinónimos. Ambos operan como agentes que intervienen en los asuntos humanos, produciendo accidentes imprevisibles para los hombres, pero también otorgando “ocasiones”, “oportunidades”, que los hombres pueden o no aprovechar. Por ello, Maquiavelo culmina el capítulo con una afirmación que revela el poder de la fortuna en la vida de los hombres:

Afirmo, pues, una vez más, que es muy cierto, como demuestran todas las historias, que los hombres pueden secundar a la fortuna, pero no oponerse a ella, que pueden tejer sus redes, pero no romperlas. Sin embargo, jamás deben abandonarse, pues, como desconocen su fin, y como la fortuna emplea caminos oblicuos y desconocidos, siempre hay esperanza, y así, esperando, no tienen que abandonarse, cualquiera que sea su suerte y por duros que sean sus trabajos (Maquiavelo, 2015: 327).

¹¹ “Así ciega las mentes la fortuna, cuando no quiere que sus golpes sean obstaculizados” (2015: 326, nota 126).

La fortuna aparece, entonces, como una entidad superior a los seres humanos, que asume, en muchos casos, la forma de una diosa que gobierna todas las cosas humanas. De hecho, tal como observa Maquiavelo en el capítulo 9 del libro III de los *Discursos*, titulado “Cómo conviene variar con los tiempos, buscando siempre la buena fortuna”, la fortuna controla la cualidad y la naturaleza de los tiempos:

He pensado muchas veces que la causa de la buena o mala fortuna de los hombres reside en su capacidad de acomodar su proceder a los tiempos, pues vemos que los hombres proceden, unos con ímpetu, otros con timidez y precaución, y como ambos estilos sobrepasan los términos convenientes y no siguen el verdadero camino, en ambos se yerra; pero se equivocará menos y tendrá la fortuna próspera quien sepa, como decía, ajustar su proceder con el tiempo, sobre todo si obra según la inclinación de la naturaleza (2015: 389).

La cualidad de los tiempos se encuentra regida por la fortuna, a la cual los hombres deben adaptarse. Sin embargo, el ser humano está subordinado a una doble constricción, que impide su adecuación a los tiempos:

Y son dos las razones por las que no podemos cambiar estas cosas: una, que no nos podemos oponer a la inclinación de nuestra naturaleza, y la otra, que si uno ha prosperado bastante con unos métodos determinados, no hay forma de convencerle de que pueda resultar conveniente hablar de otra manera, y por eso los hombres tienen la suerte cambiante, porque los tiempos cambian y sus métodos no (Maquiavelo, 2015: 391).

El hombre está sometido a los límites que le asigna su propia naturaleza, esto es, su propia forma de ser, y su manera de actuar conforme a sus hábitos. Esto permite identificar una tercera acepción de naturaleza, distinta de la cósmica y la telúrica, a saber, la naturaleza humana. Ahora bien, ésta no remite a una esencia que es propia de todos los hombres, sino que es propia de cada individuo y encuentra su determinación en los humores y las costumbres¹². Por caso, el humor impetuoso de Julio II y el hábito a obrar siempre conforme a esta forma de ser, le permitió triunfar en todas las empresas que emprendió a cargo de la Iglesia, pero el éxito hubiese encontrado su fin de haber variado la condición de los tiempos. Este es precisamente el núcleo problemático del capítulo 25 de *El Príncipe*: la invariabilidad de la forma de ser de los hombres¹³ no siempre puede

¹² Sobre la teoría de los humores, recuperada por Maquiavelo de la ciencia médica, cf. Landi, 2015 y Parel, 1992.

¹³ La invariabilidad de la forma de ser de cada hombre en particular no implica, en absoluto, que todos los hombres tengan una misma forma de ser. Por el contrario, como muestra Torres (2013), la antropología, tal como la concibe Maquiavelo, está alejada de cualquier consideración del hombre en términos esencialistas. *Revista Argentina de Ciencia Política* | Vol. 1 | Núm. 25 | pp. 193-215 | Mattei, E. y Castorina, F. 208

acomodarse a la variación de los tiempos regida por la fortuna. Por lo tanto, Maquiavelo afirma que no “se encuentra hombre tan prudente que sepa acomodarse a esto; ya sea porque se no puede desviar de aquello a que lo inclina la naturaleza, ya sea porque si uno siempre ha prosperado caminando por una determinada vía no se lo puede persuadir de apartarse de ella” (2012: 133). En definitiva, la inestabilidad y contingencia de la fortuna resulta incompatible con la naturaleza humana, obstinada en obedecer sus hábitos.

Esta caracterización de la naturaleza humana se reproduce también a mayor escala, cuando Maquiavelo indaga acerca de la naturaleza de los pueblos. Así, a la par de una naturaleza humana individual, también puede reconocerse una naturaleza humana propia de los pueblos¹⁴. En efecto, la preocupación de Maquiavelo acerca de la naturaleza de los pueblos se puede hallar en sus informes sobre las misiones diplomáticas que realizaba. Los informes sobre Francia (*Del carácter de los franceses y Retrato de los asuntos de Francia* escritos entre 1500-1511) y Alemania (*Informe sobre los asuntos de Alemania realizado el día 17 de junio de 1508; Discurso sobre los asuntos de Alemania y sobre el Emperador de 1509 y Retrato de los asuntos de Alemania de 1512*) son un claro testimonio de ello.

En los informes dedicados a los franceses, Maquiavelo se muestra como un agudo observador, como un antropólogo que realiza su trabajo de campo en torno a la descripción sobre el mundo cotidiano francés. “Por naturaleza, los franceses son más feroces que fuertes o hábiles” (1991: 43), pero también pueden mostrarse humildes frente a quienes muestran una resistencia a su poder. Son “humildes en la desgracia” pero “insolentes en la buena suerte” (1991: 38). Asimismo, Maquiavelo advierte que los franceses pueden resignarse frente a cualquier adversidad sin adoptar una actitud marcial. La derrota en la batalla en el Garellano en 1503 es una clara muestra de esto. A los ojos del italiano, Francia se muestra opulenta por la extensión de sus tierras y por la variedad de sus víveres. Salvo la vestimenta, los nobles no gastan mucho del dinero que recaudan del pueblo porque tienen el alimento disponible. El informe resulta ser una

En este sentido, no hay ninguna característica que sea propia del hombre en cuanto tal, salvo el hecho de que el hombre se mueve y actúa en función del deseo.

¹⁴ Como comentamos en la nota anterior, por la misma razón que no puede sostenerse la idea de una naturaleza humana individual en términos esenciales, tampoco puede hablarse una naturaleza propia de todos los pueblos, sino que es preciso hablar en plural, esto es, de naturaleza de *los* pueblos. Sobre este punto, Fabio Frosini (2010) afirma que la diferencia entre las diversas naturalezas de los pueblos se produce por las diferentes educaciones, que operan como una segunda naturaleza.

compilación de preceptos y máximas sobre los hábitos que tiene una comunidad, una sistematización de las evidencias empíricas del trabajo diplomático. Como dice Sandro Landi (2017), son observaciones etnográficas que parecen dar cuenta del interés de Maquiavelo por la diversidad cultural. Un interés por los plurales modos de ser en el mundo que va desde captar sutiles gestos (“gastan poco en vivir”; “visten toscamente”) hasta las maneras que tienen los pueblos de relacionarse con su representante (“Los pueblos de Francia son humildes y obedientes y tienen gran veneración por su rey”).

El pueblo alemán y el emperador Maximiliano también estuvieron bajo la lupa maquiaveliana. A principios de 1508, después de varios conflictos institucionales, Maquiavelo es autorizado a ir a Bolzano para observar con detenimiento al emperador Maximiliano. En la minuta del viaje afirma que describirá aquello que oyó (“Habiendo estado en ese lugar y habiendo oído razonar tantas veces”; “no teniendo más ocupación que esa, describiré todas las cosas que he oído” (1991: 60). Nuevamente se nos presenta un Maquiavelo que recopila datos desde la experiencia.

El pueblo alemán se presenta a los ojos de Maquiavelo con una personalidad austera (“ni gastan en vestir ni poseen enseres en sus casas y les basta con tener pan y carne en abundancia y una estufa para protegerse del frío”) que lo diferencia de los italianos (“gastan en sí mismos dos florines cada 10 años, y cada cual vive en tal proporción según su trabajo y nadie se preocupa por lo que le falta, sino por lo que necesita, y sus necesidades son mucho menores que las nuestras”). Al estar habituados a la austeridad, los alemanes gozan de una “vida rústica y libre”. Es interesante observar cómo las características culturales de una comunidad tienen su correlato en la relación de sujeción política. En este caso, Maquiavelo muestra que el pueblo alemán no quiere ir a la guerra al estar a gusto con el modo de vida que llevan. Y si obedece y va a la guerra, lo hace poniendo sus condiciones, es decir, que se les pague “en abundancia”. Y de esta manera, al iluminar las costumbres y los hábitos de Alemania, Maquiavelo muestra un claro contraste con “la gran veneración” que sienten los franceses por el rey. En suma, las costumbres pueden moldear la forma de ser de los pueblos. Estos hábitos adquiridos condicionan el temperamento de un pueblo, así como también su relación con la obligación política, conformando su “naturaleza” propia.

V. Conclusiones

En este marco, como dijimos, la naturaleza propia de la fortuna, su carácter voluble y caprichoso, impide que los seres humanos controlen los efectos de sus acciones, ya que su naturaleza humana y sus costumbres pueden, si así lo quiere la fortuna, desajustarse a la condición de los tiempos. Por esta razón, los hombres no pueden oponerse a la fortuna, sino que solo pueden acompañarla. En la lucha entre los hombres y la fortuna, ella tiene la palabra final, establece las condiciones de esa lucha (Parel, 1992: 63-64).

Ahora bien, lo que se nos presenta es un panorama verdaderamente fatalista. Los hombres se hallan sometidos al capricho de la fortuna y de sus avatares. No obstante, como queda de manifiesto en ese mismo capítulo de *El Príncipe*, Maquiavelo no se abandona a una concepción absolutamente heterónoma de la acción humana: “No obstante, para que nuestro libre albedrío no se extinga, juzgo que puede ser verdadero que la fortuna es árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero que también ella nos deja gobernar la otra mitad, más o menos, a nosotros” (2012: 132). Los hombres pueden controlar la mitad de las cosas humanas, aunque, en verdad, sea algo menos que la mitad (“más o menos”), y si esto es así, es porque “ella nos deja gobernar”, es decir, la fortuna. Con todo, no es cualquier actitud ni temperamento el más adecuado para adecuarse a la fortuna:

Concluyo entonces que al cambiar la fortuna y al permanecer los hombres obstinados en su modo de ser, son prósperos mientras ambos concuerdan juntos, y no prosperan cuando desacuerdan. Yo pienso esto precisamente: que es mejor ser impetuoso que respetuoso, porque la fortuna es mujer, y es necesario, si se la quiere tener sometida, atracarla y golpearla. Y se ve que esta se deja vencer más por estos que por quienes proceden fríamente. Y sin embargo siempre, como buena mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos respetuosos, más feroces y la dominan con mayor audacia (Maquiavelo, 2012: 135).

La fortuna requiere una actitud activa frente a ella, porque sólo se deja controlar por aquellos hombres virtuosos que están imbuidos de un espíritu juvenil y de un temperamento impetuoso que permite adecuarse a sus designios y aprovechar sus ocasiones. Este espíritu infundía a Moisés y a Ciro, a Teseo y también a Rómulo, a aquellos hombres y fundadores eminentes, que supieron aprovechar la ocasión y adaptarse virtuosamente a los movimientos de la fortuna. Por ello, porque la fortuna reclama impetuosidad y es amiga de los jóvenes, es que Maquiavelo apoya la acción

política activa, y censura el exceso de prudencia y la pasividad frente a la variación de los tiempos. En este sentido, aunque la fortuna limita la acción humana, es también su condición de posibilidad, en la medida en que el destino de la acción política no está determinado de antemano, sino que está abierto al éxito o al fracaso.

Como indica Basu, frente a las consecuencias negativas a los que conduce la concepción cosmológica que le es coetánea, que cede ante el fatalismo y el determinismo que apremian la acción humana, Maquiavelo llama a la acción política activa. Aunque reconoce el poder de la fortuna sobre los asuntos humanos, esto es, el hecho de que, en última instancia, sus designios son imprevisibles e incontrolables, reivindica la impetuosidad que mueve a la acción (1990: 230).

En este marco, no sólo la introducción de la fortuna, sino también el llamado a una acción política activa e impetuosa constituyen las innovaciones que Maquiavelo introduce con respecto a la cosmología astrológica de su época. La cosmología maquiaveliana, en línea con la cosmología de su época, presenta un carácter inmanente y natural. El movimiento de las cosas del mundo, que delinea una trayectoria cíclica, responde al movimiento de los cielos. Esta dimensión astrológica que da forma a la cosmología maquiaveliana se produce en el marco de una naturaleza comprendida como un todo. Ello implica, como indica Parel, una ruptura con todo orden trascendente, tal como es concebido por el cristianismo. En cambio, la cosmología natural de Maquiavelo establece un vínculo inmanente, por el cual los hombres pertenecen a un orden cósmico que los trasciende, pero que no está más allá de la naturaleza misma (Parel, 1992: 18)¹⁵. En este sentido, la cosmología maquiaveliana coloca al ser humano en una posición secundaria con respecto a la naturaleza. La naturaleza desborda al ser humano y lo condiciona. Sin embargo, ello no es obstáculo para que los hombres intenten labrar su destino, más allá de todo condicionamiento. Hay ríos tumultuosos, pero también existe la posibilidad que el hombre construya los diques contenedores.

En definitiva, con la introducción de la fortuna al interior de las distintas acepciones de naturaleza el florentino no sólo se aparta de la cosmología de su época, sino que, al mismo tiempo, rompe con el mecanicismo que le subyace. De hecho, la

¹⁵ Esta supresión de la dimensión trascendente de Dios explica, también, el rechazo a la astrología por parte de Pico y Savonarola. La idea de un orden inmanente, que niega la Providencia divina, implica la impugnación de la concepción cristiana del mundo propia de ambos, en cuyo centro habita Dios (Parel, 1992: 23).

inclusión de la fortuna supone la introducción de un principio de incertidumbre y de contingencia que quiebra el marco cíclico. Al introducir la fortuna, Maquiavelo se aleja de toda filosofía de la historia. A fin de cuentas, aunque con la fortuna reina el azar y la contingencia, la acción humana encuentra su razón de ser. Pese a que el ser humano pierde la brújula y el control, ello no debe conducirlo a la pasividad y la resignación, sino, por el contrario, debe predisponerlo a una actitud activa, a actuar en el mundo de forma impetuosa, con el fin de acompañar los sinuosos avatares de la fortuna.

Este artículo es el resultado de una primera aproximación sobre la relación que existe entre Maquiavelo y la naturaleza. Volver sobre estos capítulos de Maquiavelo en el contexto de la experiencia del COVID-19, nos otorga algunas pautas para poder comprender este mundo que cambió y que nos toca habitar.

Como esperamos que haya quedado evidenciado a lo largo de nuestro trabajo, Maquiavelo parece haber realizado una alquimia entre el poder determinista y teleológico de los ciclos y los cielos, el carácter incierto de la fortuna, los modos plurales de ser que tienen los pueblos y la disposición activa y creativa que puede tener una acción política. No obstante, esta alquimia no deja de mostrarse confusa y compleja, porque se trata de la armonización de principios diferentes: hay ciclos, sincronicidades que se repiten a lo largo de la historia, pero también se presenta lo incierto, lo disruptivo, que corta el sentido teleológico; está la incierta fortuna, pero también una virtud política más cierta; se halla el voluntarismo humano y también se encuentra un hombre inserto en un mundo natural que lo antecede y que seguirá existiendo cuando muera.

Es un hecho indudable que Maquiavelo interroga sobre la política y sobre la capacidad que tiene el hombre para mover los hilos de la historia. Pero él también sabe que hay sucesos que lo exceden y que no pueden ser controlados o previstos. Tal como reiteramos al comienzo de este artículo, Maquiavelo nos recuerda que la humanidad siempre estuvo acechada por pestes y que, a veces, los efectos poco felices que puede tener la naturaleza sobre ella nos muestran la escala que nosotros, mujeres y hombres, tenemos en el mundo.

Bibliografía

Basu, S. (1990). "In a crazy time the crazy come out well: Machiavelli and the cosmology of his day". En *History of Political Thought*, XI, 2, pp. 213-239.

Brown, A. (2010). *The return of Lucretius to renaissance Florence* (Vol. 2). Harvard University Press.

Brown, A. (2015). "Lucretian Naturalism and the Evolutions of Machiavelli's Ethic". En Filippo Del Lucchese, Fabio Frosini y Vittorio Morfino, *The Radical Machiavelli*. Leiden: Brill.

Cassirer, E. (1963). *Individuo e Cosmo: nella filosofia del rinascimento*. Firenze: Bollati Boringhieri.

Chabod, F. (1984). *Escritos sobre Maquiavelo*. México D.F.: FCE.

Conde, F. J. (1976). *El saber político en Maquiavelo*. Madrid: Revista de Occidente.

Frosini, F. (2010). "E questa difficoltà è ragionevole. La perdita della libertà nei Discorsi di Machiavelli" En N. Panichi (ed.), *Figure di 'servitù' e 'dominio' nella cultura filosofica europea tra Cinquecento e Seicento*. Firenze: Le Lettere, pp. 99-118.

Garin, E. (2007). *Lo zodiaco della vita*, Roma-Bari: Laterza

Granada, M. A. (1988). *Cosmología, religión y política en el Renacimiento*. Barcelona: Anthropos.

Landi, S. (2015). "«para purgar los ánimos de aquellos pueblos». Metáforas del vínculo político y religioso en Maquiavelo" En François Godicheau y Pablo Sánchez León (eds.), 2015. *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*. Madrid: Fondo de Cultura Económica - Université Bordeaux Montaigne

Landi, S. (2017). *Lo sguardo di Machiavelli. Una nuova storia intellettuale*. Bologna: Il Mulino.

Lucrecio (2016). *La naturaleza*. Madrid: Gredos

Ludueña, F. (2005). "Marsilio Ficino y Martin Lutero entre ley y mesianismo". En *Tiempos Modernos*, Vol. 4, 12, pp. 1-31.

- Machiavelli, N. (1971) *Tutte Le Opere*. (al cuidado de Mario Martelli). Firenze: Sansoni.
- Machiavelli, N. (2019). *Epístola della peste* (Edición crítica según MS. BANCO RARI 29 al cuidado de Pasquale Stoppelli). Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
- Maquiavelo, N. (1991). *Escritos políticos breves*. Madrid: Tecnos.
- Maquiavelo, N. (2009). *Historia de Florencia*. Madrid: Tecnos.
- Maquiavelo, N. (2012). *El Príncipe*. Buenos Aires: Colihue.
- Maquiavelo, N. (2013). *Epistolario 1512-1527*. México D.F.: FCE.
- Maquiavelo, N. (2015). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza.
- Maritain, J. (1942). "The End of Machiavellism". En *Review of Politics*, Vol 4., pp. 1-33.
- Olschki, L. (1945). *Machiavelli the scientist*. Berkeley: Gillick.
- Parel, A. (1992) *The Machiavellian Cosmos*. New Heaven: Yale University Press.
- Ridolfi, R. (1954). *Vita di Niccolò Machiavelli*, Firenze: Angelo Belardetti.
- Sasso, G. (1987), "De aeternitate mundi (*Discorsi*, II, 5)", en Idem, *Machiavelli e gli antichi*, I, Milan, Ricciardi, 1987, pp. 167-399.
- Schmitt, C. (2013). *Ensayos sobre la dictadura: 1916-1932*. Madrid: Tecnos.
- Strauss, L. (1978). *Thoughts on Machiavelli*. Chicago: University of Chicago Press.
- Torres, S. (2013). *Vida y tiempo de la república. Contingencia y conflicto político en Maquiavelo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento Ediciones.